

M

e llamo Rigoberta Menchú

Hace unos años, tal vez unos veinte, salió en un periódico de Buenos Aires un reportaje sobre “el último ona de la Patagonia”: envuelto en pieles de oveja, con una mirada que desafiaba la despiadada y milenaria acción de los hielos de la Tierra del Fuego — nombre paradójico que ha de designar más el incendio del alma que la temperatura de la razón— porque ninguna esperanza parecía coronar esa cabeza última de padre postrero, sus ojos diminutos y brillantes como bolas de vidrio parecían adaptados a la blancura y el silencio. Este hecho impresionante de ser el último ona y, por lo tanto, de haber recogido de los antepasados y protagonizado con la propia vida una historia de desaparición y exterminio, provocó en mí un desaliento sin límites. Nada ni nadie había podido detener un proceso que ahora se verificaba fatal: el último ona desaparecía, una comunidad y una etnia se borraban sin que el devenir de la sociedad detuviera su tren implacable.

Si recuerdo ese momento de frustración e impotencia —tantos otros suceden a diario— es porque hace muy poco, en marzo, “el tiempo cambió en redondo”, como diría Dylan Thomas, y me encontré en, la Feria del Libro frente a Rigoberta Menchú, india de la etnia quiché de Guatemala y tuve la fuerte, emocionada impresión, de que aquel último ona no sólo no había desaparecido, sino que revivía, dignificado, simbólicamente sumado a la lucha de una cultura por sobrevivir y de un pueblo por la justicia, y quisiera que estas palabras recuperaran al decir las aquí —aunque más no fuera por un instante— su sentido cabal, sin retórica.

*Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia** (Siglo veintiuno editores, México, 1985), que fue presentado en la última Feria del Libro, es una historia de vida y de vidas. El singular vale para una muchacha que dice: “Soy de San Miguel Uspantán, Departamento El Quiché. El Quiché se ubica en el Noroccidente del país. Vivo en el Norte del Quiché, o sea cerca de Chajul. Pueblos que tienen largas historias de lucha. Camino seis leguas, o sea veinticinco kilómetros a pie para llegar a mi casa, desde el pueblo de Uspantán. La aldea es la aldea Chimel, donde yo nací”. El plural —historia de vidas— vale para grupos humanos víctimas de matanzas en manos de dictadores guatemaltecos desde hace decenas y decenas de niños, sin contar la otra gran matanza histórica de la conquista sobre la que en este siglo se tendió la condena sin atenuantes llamada “leyenda negra”.

Oído, grabado en una entrevista de veinticinco horas, transcrito y ordenado, respectado sobre todo en su autenticidad y espontánea belleza por Elizabeth Burgos —investigadora y escritora francovenezolana— el testimonio es un vasto y minucioso bordado de hechos,



sentimientos y reflexiones —como un abigarrado huipil—, que reconstruye en cada hábito y en cada práctica social que describe, un universo cuya extinción se cierne como una amenaza. Escrito cuando Rigoberta Menchú tenía veintitrés años, hace dos, poco tiempo después de que aprendiera a hablar español (“Siempre han dicho: pobres los indios que no saben hablar: entonces muchos hablan por ellos, por eso me decidí a aprender el castellano”) el libro ganó el premio testimonio de Casa de las Américas en 1983: la muerte circula por él tanto como la vida, una y otra fundidas en un doble gesto de preservación de lo que mantiene fuertemente a una cultura y de esperanza de una existencia en la que esa cultura volverá a ser exaltada en su verdad y sabiduría. Hay allí un trayecto hacia algo, una apuesta permanente de refundación que da esperanzas pese a su patetismo, que devuelve la fe pese a que todo se crea perdido en cada recodo del camino. La conciencia de Rigoberta Menchú les nace a otros, con toda la connotación germinal-floral que eso significa.

*El libro lleva la siguiente dedicatoria: “A Alaíde Foppa, que amaba la pintura y era poeta. Desapareció en Ciudad Guatemala en diciembre de 1980.” Un dato resulta significativo: el último programa que Alaíde Foppa dejó grabado para el Foro de la Mujer de Radio Universidad que dirigía, antes del viaje en el que sería secuestrada por militares de su país, fue precisamente a mujeres militantes del Quiché, entre las que estaba por lo menos una hermana de Rigoberta Menchú.